

Bill Clegg

*Retrato de un joven
adicto a todo*



Annotation

Bill Clegg acaba de independizarse para poner en marcha su propia oficina como prometedor agente literario, tiene una pareja que le quiere, un círculo de relaciones envidiable y buenos amigos, cuando emprende un viaje al infierno que durará varios meses y que le arrastrará a la ruina económica, social y personal. A pesar de haber pasado poco antes por rehabilitación para tratar una adicción al crack que empezó en su adolescencia, no puede evitar una brutal recaída que le costará su casa, su dinero, su carrera y su vida.

¿Qué lleva a un joven con un futuro excepcional a decidir abandonar todo lo que ha conseguido? Bill Clegg muestra claramente cómo esta atracción por las drogas lo esclaviza y lo sume en una espiral de consumo cada vez más imperioso, sexo apremiante, y abandono de sí mismo, capturando escena tras escena el drama, la tensión y la paranoia de una doble vida. Los destellos momentáneos de excitación y felicidad que le proporcionaban las drogas son eclipsados después por la pesadilla de la abstinencia. Además, el relato explora las causas de su adicción, cómo el origen de su conducta se remonta al pasado.

Retrato de un joven adicto a todo es una obra autobiográfica, contada en primera persona totalmente convincente —lírica, sincera, dura y muy bien escrita— que no dejará indiferente a ningún lector.

-
- [Raspadores](#)
 - [Vivas](#)
 - [Primera puerta](#)
 - [El vuelo](#)
 - [Abaratar la casa](#)
 - [Una puesta en escena complicada](#)

- [Bajo control](#)
 - [Mañana](#)
 - [Dónde](#)
 - [Otra puerta](#)
 - [La zona alta](#)
 - [Viento idiota](#)
 - [El principio del fin](#)
 - [Reunión familiar](#)
 - [Aclarado](#)
 - [Dónde](#)
 - [Amor](#)
 - [Apagón](#)
 - [Refugio](#)
 - [Aquí mismo](#)
 - [Dónde](#)
 - [El año de Jesús](#)
 - [La última puerta](#)
 - [White Plains](#)
 - [El hueco](#)
 - [Agradecimientos](#)
 - [notes](#)
 - [1]
-

Para todos los que siguen ahí

«Pensad en la luz y en lo lejos que cae, hasta nosotros. Caer, decimos, nombrando una manera fundamental de ir por el mundo: cayendo».

William Kittredge, *Hole in the Sky*

Raspadores

No me puedo ir y no hay bastante.

Mark está a tope, parlotando con su conocimiento de noticias frescas desde el borde de su sofá de vinilo negro. Parece un traductor para sordomudos a triple velocidad: agita las manos y sacude brazos y hombros. También mueve las piernas, pero solo para plegarlas y volverlas a plegar a intervalos regulares bajo su figura alta y esquelética. Su forma de cruzar las piernas es lo único que hace Mark con cierto orden. El resto es un batiburrillo de espasmos y movimientos repentinos; es una marioneta a merced de un titiritero desalmado. Sus ojos, como los míos, son canicas negras sin expresión.

Mark charla sin parar de un camello de crack al que le compraba antes que han detenido, cuenta que él ya lo veía venir, como siempre, pero no le presto atención. Lo único que me importa es que se nos ha acabado la bolsa. La pequeña bolsa de plástico transparente con cierre hermético que en otro momento estuvo repleta de rocas de crack ahora está vacía. Está amaneciendo y los camellos han desconectado los teléfonos.

Mis dos camellos se llaman Rico y Happy. Según Mark, todos los camellos de crack se llaman Rico y Happy. Rico no se ha presentado las últimas veces que le he llamado. Mark, que tiene a gala conocer los movimientos día a día y los cambios de nivel social de un puñado de camellos, dice que Rico ha vuelto a caer en la adicción a Xanax y que empieza a ralentizarle. El año pasado no salió de su apartamento de Washington Heights durante tres meses. Así que llamo a Happy, que aparece después de media noche, cuando el límite de mil dólares de mi tarjeta del cajero se pone a cero y puedo empezar a sacar de nuevo. Happy es el más fiable de los dos, pero Rico suele repartir a horas in-

tempestivas, cuando los demás camellos no lo hacen. Viene en mitad del día, con horas de retraso, pero cuando los otros están dormidos o no atienden encargos. Se queja y te da una bolsa escuálida, pero viene. Con el teléfono de Mark marco el número de Rico, pero el buzón de voz está lleno y no admite más mensajes. Llamo a Happy y salta directamente el buzón de voz.

Happy y Rico venden crack. No venden ni cocaína para esnifar, ni hierba, ni éxtasis, ni ninguna otra cosa. Yo solo compro bolsas de crack ya cocinado. Algunas personas insisten en cocinarlo ellas mismas, una operación enrevesada que requiere cocaína, bicarbonato, agua y una chapa caliente, pero las pocas veces que lo intenté estropeé la coca, me quemé las manos y acabé con una papilla húmeda que apenas se podía fumar.

«Dame el raspador», grazna Mark. Su pipa, un pequeño tubo de cristal taponado por un lado con estropajo de alambre marca Brillo, tiene pegotes de residuo seco, así que, después de despegarlo y de volver a rellenarlo por el extremo, podemos contar al menos con unas cuantas chupadas más. Pliega las piernas en una postura arácnida y por un momento parece que se vaya a volcar. Aparenta unos sesenta años (la cara gris, arrugado, con huesos angulosos), pero asegura tener cuarenta y pocos. Llevo más de tres años viniendo a su apartamento, cada vez más a menudo, para colocarme.

Le paso la tira de metal machacada que hasta anoche ha sido el soporte del tejido de nailon de un paraguas. Los raspadores se sacan de toda clase de cosas, en particular de perchas de alambre, de las que van pintadas. Pero los paraguas tienen unas varas de metal finas y largas que a veces son semicilindros huecos, especialmente efectivas para limpiar las pipas y sacar de la nada una o dos caladas milagrosas cuando la bolsa ya está vacía y antes de que la necesidad te obligue a revisar el sofá y el suelo en busca de lo que yo llamo migajas, pero que todos los adictos al crack

saben que es su último recurso hasta que puedan hacerse con otra bolsa.

Alargo el brazo hacia Mark para acercarle el raspador y él da un respingo. La pipa se le escapa de las manos, cae a cámara lenta entre los dos y se hace trizas en el suelo de parqué desgastado.

Mark resuella más que habla. «Oh. Oh, no. Oh, Dios, no». En un abrir y cerrar de ojos está a cuatro patas rebuscando entre los despojos. Recupera algunos de los trozos más grandes de cristal, los sube otra vez a la mesa de centro, los ordena uno por uno y se pone a escarbar y raspar con el raspador. «A ver. A ver», murmura para sí mientras manipula frenéticamente cada uno de los pedazos de cristal. Una vez más sus articulaciones, sus manos y sus miembros parecen animados no por la vida, sino por cordeles que le mueven y tiran de él —furiosa, meticulosamente— convirtiéndole en una marioneta que representa la pantomima de un buscador de oro que estudia febrilmente su cedazo en busca de pepitas.

Mark no encuentra oro, deja el raspador, los trozos de cristal, y sus movimientos frenan bruscamente. Vuelve a desplomarse sobre el sofá donde prácticamente puedo ver cómo los cordeles que le mantenían en pie caen alrededor suyo. La bolsa está vacía y son las seis de la madrugada. Le hemos estado dando durante seis días y cinco noches y todas las demás pipas están destrozadas.

La mañana se ilumina detrás de las persianas echadas. Pasan los minutos y solo el grave gemido de los camiones de la basura rasga el silencio. El cuello me late y siento los músculos de los hombros pesados y tensos. Los latidos van acompañados con los de mi corazón, que me golpea en el pecho como un puño enfurecido. No puedo dejar de balancear el cuerpo. Observo a Mark, que se levanta para ponerse a barrer los cristales, y me doy cuenta de que su cuerpo se balancea con el mío, que nuestro movimiento está sincronizado —como dos plantas subacuáticas que se in-

clinan en la misma corriente—, y al mismo tiempo me horroriza y me consuela darme cuenta de lo mucho que nos parecemos en el desolador derrumbamiento que sigue al final de las drogas.

El espeluznante horror de estas últimas semanas: la recaída; haber abandonado a Noah, mi novio, en el Festival de Cine de Sundance casi una semana antes; ponerle un *e-mail* a mi socia en el negocio, Kate, para decirle que puede hacer lo que quiera con nuestro negocio, que yo no pienso volver; entrar y salir de rehabilitación en el New Canaan, Connecticut; pasar una serie de noches en el hotel del número 60 de Thompson para acabar apalancándome en el siniestro cuchitril del crack que es el apartamento de Mark con los merodeadores que se apuntan a las drogas gratis que siempre hay cuando alguien llega para ponerse ciego. El terrible metraje de mi historia reciente se proyecta detrás de mis ojos, lo mismo que se impone el claro futuro de que no tenemos una bolsa y no la vamos a tener en las próximas horas, brillante como el nuevo día.

Todavía no sé que soportaré las horas sórdidas e interminables que quedan hasta la noche, cuando Happy vuelva a encender su teléfono móvil y a traernos más. Todavía no sé que voy a seguir así —aquí y en otros lugares parecidos— durante más de un mes. Que voy a perder casi dieciocho kilos, de manera que, a los treinta y cuatro años, pesaré menos de lo que pesaba en octavo.

También es demasiado pronto para ver las cerraduras nuevas de la puerta de mi oficina. Kate las cambiará cuando descubra que he entrado una noche. Esto pasará dentro de semanas. Le preocupará que vaya a robar algo para comprar drogas, pero iré solo para sentarme en mi mesa de despacho unas cuantas veces más. Para despedirme de la parte de mí que, al menos en la superficie, mejor había funcionado. A través de la enorme ventana abierta que hay detrás de mi escritorio, miraré al Empire State con su cansada autoridad y sus hombros de luces de colores. Entonces,

la ciudad me parecerá diferente, menos mía, más lejana. Y Broadway, diez plantas más abajo, estará vacía, será un oscuro cañón en negro y gris que se prolonga hacia el norte desde la calle 26 hasta Times Square.

Una de esas noches, antes de que cambien las cerraduras, me subiré a la ventana y, con los pies colgando, me acercaré al borde y me quedaré asomado allí en el frío aire de febrero durante lo que parecerán ser horas. Me volveré a bajar a rastras, me sentaré de nuevo en el escritorio y me pondré ciego. Recordaré lo emocionado que estaba todo el mundo cuando inauguramos, casi cinco años antes. Kate, la plantilla, nuestras familias. Mis clientes —novelistas, poetas, ensayistas, escritores de cuentos cortos— se vinieron conmigo de la antigua agencia, el lugar en que empecé a trabajar como ayudante nada más llegar a Nueva York. Se vinieron conmigo y tenían mucha fe en lo que les esperaba en el futuro, mucha fe en mí. Contemplaré todos los contratos y los informes y galeradas apiladas encima de mi escritorio y me maravillaré de que alguna vez haya tenido algo que ver con todo aquello, con toda aquella gente. De que me hayan tenido en cuenta.

En el sofá de Mark miro cómo me tiemblan las piernas y me preguntó si habrá algún Xanax en su botiquín. Me pregunto si no tendríamos que irnos y buscar un hotel. Tengo el pasaporte, la ropa que llevo puesta, una tarjeta de cajero automático y la gorra del Departamento de Parques y Ocio de la ciudad de Nueva York que me encontré hace poco en el asiento de atrás de un taxi, la que tiene una hoja de arce bordada delante. Todavía hay dinero en mi cuenta corriente. Casi cuarenta mil. Me pregunto cómo he llegado tan lejos; cómo, por algún milagro no deseado, mi corazón no ha dejado de latir.

Mark grita desde la cocina, pero no oigo lo que dice.

Suena mi teléfono móvil, pero está enterrado debajo de un montón de sábanas y mantas en la habitación de al lado, y tampoco lo oigo. Más tarde encontraré el buzón de

voz lleno de mensajes aterrados de amigos y familiares y de Noah. Escucharé el principio de uno y lo borraré con todos los demás.

No oiré el ruido de las nuevas cerraduras de la puerta del apartamento en el que hemos vivido Noah y yo durante ocho años, cómo el sonido ha cambiado de un brillante pop a un clic grave al liberarse el pestillo cuando sus manos giran la llave nueva por primera vez. No puedo oír nada de eso. No puedo sentir ninguna de las cosas que han pasado o van a pasar porque el edificio que era mi vida se viene abajo, cerradura a cerradura, cliente a cliente, dólar a dólar, confianza a confianza.

Lo único que oigo mientras Mark barre furioso los cristales del suelo, y lo único que siento a medida que la ciudad vuelve a la vida al otro lado de las ventanas, son los ladridos exigentes al otro extremo de las cuerdas de la marioneta. A lo largo de la interminable mañana y de las lentas horas de la tarde, y después, se van haciendo más fuertes, más insistentes; tiran con más fuerza, son más acuciantes, me sacan la tarjeta de la cartera, dólares de los bolsillos, monedas sueltas de la chaqueta, el color de mis ojos, la vida de mi ser.

Vivas

Estamos en enero de 2001 y Letty, la prima de Noah, da una pequeña cena en su casa de piedra marrón de Brooklyn Heights para celebrar el lanzamiento de la pequeña agencia literaria que mi amiga Kate y yo estamos a punto de inaugurar. Letty es una hija de Memphis de buena familia. Educada en Wellesley, viuda, y que parece y se comporta como si fuera mucho más joven que sus sesenta y tantos años, tiene la disposición alegre, sonriente y bondadosa de una perdedora. Al contrario que su superrefinada hermana, mujer de un exembajador, Letty siempre ha parecido estar reñida con sus privilegiados orígenes. No ha necesitado trabajar un solo día de su vida, pero a menudo habla de sus trabajos en el departamento de diseño de varias editoriales y los muchos años que ha trabajado en fundaciones. Tiene dos hijas, Ruth y Hanah, y toneladas de amigas de la infancia con nombres como Sissy y Babs con las que regresa con frecuencia a Memphis para celebrar sus cumpleaños o aniversarios. Letty es una de las personas más amables que haya conocido nunca.

Estamos a finales de enero, una semana antes de que la agencia se inaugure oficialmente. No tenemos ni teléfonos, ni papel con membrete, ni cuentas bancarias. Estoy nervioso porque todavía tenemos que contratar a un auxiliar y a un contable, pero me pone todavía más nervioso que no tengamos dinero para pagarles. Noah y yo llegamos a casa de Letty con diez minutos de retraso y Kate y su marido ya están allí. Letty ha buscado a una persona para que recoja los abrigos, ofrezca las bebidas, pase los entremeses y sirva la mesa de la cena. Tiene entre treinta y cinco y cuarenta años, es asiático, claramente gay y un poco demasiado amigable. Se llama Stephen y su exuberancia me da vergüenza en presencia de Kate y su marido, con quie-

nes no nos hemos relacionado mucho como pareja y que ahora, juntos, parecen muy heterosexuales.

Stephen nos pregunta a Noah y a mí qué queremos beber y desaparece en la cocina. Nos trae dos copas de vino blanco, a pesar de que yo he pedido un vodka y Noah un gūisqui escocés. Se pone nervioso, nos pide perdón y vuelve a la cocina, pero ya no regresa. Pasan más o menos cinco minutos y Letty se levanta para ir a ver qué le pasa. Unos minutos después Letty sale con las bebidas. Es evidente que está agobiada.

La velada es decadente. Caviar, gambas y quesos antes de la cena, luego cordero asado. Como demasiado de todo y estoy lleno mucho antes de que se sirva el postre. Tanto Noah como Letty hacen brindis; cuando lo hacen, los dos tienen lágrimas en los ojos. Me remuevo incómodo ante sus palabras de elogio y me siento mezquino, y no por primera vez, al pensar en la amistad que me une a una prima de Noah y lo poco que conozco a cualquiera de los míos. En que Noah y yo vamos a las bodas y cumpleaños de sus primos, hermanos y sobrinos y yo veo a mi familia una vez al año —generalmente por Navidades— y eso solo un día y una noche.

De camino al baño le pido a Stephen que me traiga otro vodka. Se le olvida y sigo bebiendo vino. Cuando por fin agarro un pedo suave, echo una mirada alrededor de la mesa y me pregunto cómo es posible que haya llegado hasta aquí. Noches como esta son para otra gente, para gente como Kate y Noah, que —con sus títulos de universidades caras y el apoyo de sus familias— parece que han nacido para hacer brindis y dar enhorabuenas. Durante el postre, en vez de beber el oporto que Letty le ha mandado abrir a Stephen, me levanto y me pongo otro vodka. Stephen lo ve, se da cuenta de que no me ha traído el que le pedí antes y a partir de ese momento se da mucha prisa en rellenarme la copa.

Noah y yo hacemos manitas en el taxi que nos lleva a casa. He tomado siete u ocho vodkas, por lo menos otras tantas copas de vino y todavía me faltan unas cuantas copas para alcanzar el punto donde me gustaría estar. Pienso en todo lo que queda por hacer las próximas semanas para abrir la agencia y en las otras dos fiestas que se van a dar para celebrarlo. Una es un cóctel en el apartamento nuevo de un amigo de Kate; la otra es una cena sentados para unos cincuenta clientes y colegas del mundo editorial que dará mi amigo David, que también es uno de los primeros escritores con los que trabajé. Me preocupa que voy a tener que dirigirme a los invitados en estas dos fiestas —decir por lo menos algo en plan de agradecimiento a los anfitriones— y empiezo a pensar en cómo me las puedo arreglar para no tener que hacerlo. Cierro los ojos e intento no concentrarme en lo mucho que deseo llamar a Rico y dar unas cuantas caladas. Normalmente, después de cuatro o cinco copas esta idea surge y flota delante de mí hasta que o bien le llamo a él o llamo a otro camello o me quedo dormido.

Es casi medianoche y la cabeza se me pone a cien por hora pensando en maneras de separarme de Noah para ir a pillar. ¿Un manuscrito que he dejado en la oficina? ¿Que necesito sacar dinero del cajero automático? Nada me parece creíble. Cuando estamos cruzando el puente de Brooklyn en dirección a Manhattan, Noah me agarra las dos manos y me dice lo orgulloso que está —de mí, de la agencia—. Mientras habla, las luces del puente parpadean sobre su barba descuidada, sus ojos amables, sus largas patillas y el pelo muy corto y con entradas. Me apoyo en él y dejo de lado todos los demás pensamientos. Huele como huele siempre: a desodorante Speed Stick y a ropa recién lavada. Me relajo un poco, pienso por un momento que tampoco hay por qué preocuparse tanto, que todo va a salir bien.

Al meterme en la cama esa noche me acuerdo de Stephen, el chico que estaba en casa de Letty, y en que se ol-

vidó sacar varios de los platos que se estaban calentando en el horno, tiró una copa de vino y me hizo ojitos durante toda la cena. Me pregunto dónde lo encontraría Letty y recuerdo cómo se quedaba demasiado tiempo junto a la mesa, que hacía demasiadas preguntas y que parecían importarle poco los errores que cometía. Recuerdo que nos hizo saber que había ido a Princeton y que, cuando surgió que Noah se dedicaba al cine, hizo una relación de todos los famosos que conocía —dramaturgos, activistas, actores—. También recuerdo que anotó su número en una servilleta y que me lo puso en la mano cuando fui a la cocina a por un vaso de agua; cómo me sostuvo la mano un poco más de lo necesario cuando me dijo que servía en montones de presentaciones de libros, que tendría que llamarle alguna vez. Y aunque había sido un desastre toda la noche, mientras me quedo dormido aquella noche, sé que lo haré.

Un año después, mientras Stephen está montando en nuestro cuarto de la tele una mesa pequeña con vasos y hielo —algo que ya ha hecho por lo menos media docena de veces—, me fijo en que tiene una quemadura a un lado del dedo pulgar. Le pregunto qué le ha pasado y él deja de hacer lo que está haciendo, me mira un buen rato como si hubiera estado esperando a que le hiciera esa pregunta y dice: «No lo quieres saber». Pero lo sé. Los adictos tienen antenas que a veces detectan la frecuencia afín de otros adictos y en este momento yo recibo la de Stephen. De hecho, lo más probable es que haya estado respondiendo a ella desde el primer segundo en que nos conocimos. Pero no es hasta ahora mismo —que sé exactamente cómo se ha quemado— cuando acabo de entender por completo la razón por la que le he contratado, por qué está ahora en nuestro apartamento trabajando en otra fiesta, a pesar de que nos ha dejado plantados en dos ocasiones el mismo día de la fiesta con complicadas excusas de enfermedad o problemas familiares. Y por eso digo: «A lo mejor deberías tener más cuidado con las cosas que fumas», y cuando son-